

El Último Round / Una mirada al futuro

Author : Jessica Dos Santos

Por: Jessica Dos Santos Jardim

Hace unos días yo estaba cruzando la calle con una amiga, cuando de pronto una camioneta casi nos arrolla. Nosotras proferimos la frase de costumbre: “Coño e su madre... ¡¿Tú crees que esto es una autopista?!”, mientras generalizábamos sobre “la actitud de mierda” que suelen tener los propietarios de camionetas. Tras unos segundos de silencio mi pana me dice “chama, uno sí se cae a pajas, si yo tuviese un carrazo así andaría igual o hasta peor”, mientras hacía graciosos ademanes sobre cuál sería su actitud.

De repente sus palabras me hicieron recordar un par de momentos y reflexionar en torno a otros. Hace unos años yo solía andar para arriba y para abajo en la moto de mi exnovio, en una ocasión íbamos por Chacao y el semáforo cambió en el segundo en que nos tocaba pasar, frenamos de golpe y terminamos justo al lado de una chama que iba hablando por celular dentro de su carro, sola. Del tiro, la caraja lanzó su teléfono al piso del copiloto, nos miró con una mezcla de asco y miedo, trató de subir su vidrio y se volvió un 8 en el intento.

Yo la miraba asombrada mientras mi acompañante me observaba por el retrovisor con cierta expectativa. No fue sino hasta que arrancamos que yo pude reaccionar: “Chamo ¿tú viste eso? ¿Esa güevona nos vio cara de choros o qué? ¡La hubiésemos atracado... pa que sea seria!”, le dije a mi ex, quien iba destartalándose de la risa, como quien se acostumbra a las generalizaciones y sonríe para que no le afecten.

El hecho es que yo andaba en moto, yo constantemente era víctima de las generalizaciones, y mi posición me impidió colocarme en la de ella. Sin embargo, muchos meses después, cuando ya no había ni moto ni novio, yo iba manejando mi carrito, y súbitamente un motorizado se acercó a darle con la cacha de su pistola a mi vidrio mientras me pedía mis pertenencias. La diferencia es que a mí no me dio tiempo de activar ningún prejuicio, y tampoco sabía en qué parte de mi morral se encontraría mi teléfono, entonces aceleré despavorida y cerrando los ojos, como quien se niega a observar el desenlace.

Cuando el trago amargo (que pudo ser peor) pasó, yo recordé a aquella mujer: ¿Su actitud se fundamentaría en el miedo? ¿La habrían atacado antes? ¿Qué relato rondaría su mente en ese preciso instante?, me pregunté. ¿Qué culpa tenía yo? Ninguna, pero ¿qué culpa tienen los demás motorizados a los que he mirado con miedo, luego de aquel suceso, mientras voy manejando? ¿Me convertí en lo que rechacé? ¿Hay maneras de evitarlo?

De golpe empecé a pensar en lo fácil que puede ser trastocarnos, incluso en las cosas más sencillas. La mayoría de la gente es una cuando va al volante de un carro y teme que algún

motorizado se lleve su retrovisor; es otra cuando se traslada, apurada y en moto, odiando a los vehículos que ni ponen la luz de cruce ni miran para los lados; unos y otros odian a los peatones que se comen el semáforo, pero cuando son peatones, pues se los comen igual. O viceversa. Póngale usted el orden de su preferencia.

El hecho es que todos, o casi todos, en algún momento de la vida nos hemos moldeado a la posición en la que nos encontramos. Están esas personas a las cualesles parecía horrible la corrupción hasta que consiguieron la palanca perfecta, los que aborrecían la burocracia hasta que conocieron las mieles de la administración pública, los trabajadores combativos a los que les dieron un cargo y adiós luz que te apagaste.

De igual manera se explica la inclinación política de muchos: observando su posición... ya sea económica, geográfica, laboral, etc.

Yo tengo una amiga que jamás juzga nada. Una vez le dije con toda mi inocencia “marica, tú eres demasiado comprensiva”, y la loca me respondió: “¡No! Si yo no critico a nadie es porque una nunca sabe cuándo le toque estar ahí ni qué haría”.

Yo le dije que sí, que hay gente que sí sabe, pero con los años he reconocido que no es tan fácil, que las circunstancias (a veces ajenas a uno mismo) son o pueden ser mucho más fuertes de lo que muchos creen y que todo, absolutamente todo, encuentra en ellas su razón de ser.

Justo hace unos días yo conversaba eso en medio de la estrechez de mi cocina y de mi tolerancia, con un ejemplo bastante alocado:

“Mira, si a mí me dijeran: ‘Jessica tú vas a ser ministra de tal vaina’, pero de repente yo empiezo a darme cuenta de que en el plano real, el de las circunstancias, yo no voy a tener la posibilidad de transformar nada, es decir, de ser coherente con lo que toda mi vida he expuesto, pues yo agarro el coroto y lo devuelvo, pero ni de verga me convertiría en la pajúa que toda su vida predicó vainas pero cuando se supone que dizque tuvo la posibilidad de hacerlas pues no las hizo y de paso no va a poder explicarle a nadie por qué fue que no las hizo, porque si abre la jeta se convierte, como mínimo, en una traidora”.

Lo dije con firmeza, pero en el fondo una vocecita me susurraba: “¿Pero no habría que intentarlo?”. ¿Intentar qué? ¿Hasta qué punto? ¿Con cuál objetivo?

No lo sé. Pero de algo sí estoy segura: ni la vida ni el país pueden ser leídos únicamente desde nuestra posición transitoria, a nuestra conveniencia momentánea, de acuerdo con las circunstancias actuales, no solo porque el tablero gira y las fichas cambian, sino porque la vida y el país necesitan personas que se transformen en referencias francas, miradas al futuro.

El Ché decía que debíamos “acostumbrarnos a pensar como colectivo (...) y, al mismo tiempo,

actuar siempre como individuos, pero como individuos permanentemente preocupados de nuestros propios actos, y permanentemente preocupados de que nuestros actos no manchen nuestro nombre ni el nombre del colectivo al que pertenecemos". Ya saben: seamos peatones, motorizados o conductores de camionetas; jipis o ministros; debemos intentar recordarlo.